

### CAPÍTULO III

#### *Socialismo, progreso y actividad individual.*

FALTANDO en el socialismo el estímulo para el trabajo por la imposibilidad de la acumulación de la riqueza y de los consiguientes beneficios, se paralizará la actividad individual y, por tanto, no habrá progreso y acabará la civilización.

Esta otra objeción vulgar contra el socialismo no tiene mayor consistencia que cualquiera de las que se vienen repitiendo como fastidiosa cantinela.

El socialismo no destruirá la actividad individual, ni impedirá el progreso, ni acabará con la civilización.

Pero antes de refutar la objeción expuesta, voy á presentar una cuestión previa.

¿Es el progreso un elemento tan beneficioso á la humanidad que deba rechazarse

un orden social sólo porque no lo estimule?

Reconozco que la proposición anterior es una proposición atrevida, pero creo que no es absurda.

Si el actual progreso, si todos los inventos que multiplican nuestras relaciones comerciales, que amplían nuestros conocimientos, que nos facilitan por modo extraordinario la vida, tuvieran como resultado una existencia apacible y tranquila, confortada por la paz del espíritu; si los trabajadores de toda labor y los hombres de toda clase pudieran contemplar felices la inmensa nave que surca el mar, y la rugiente locomotora que atraviesa los montes, y el hilo telegráfico ó telefónico que transmite millones de palabras y de afectos, y tantos otros inventos; si pudiesen ver la excelsa maravilla de nuestra civilización con mirada serena y espíritu tranquilo, vibrante de salud la sangre y lleno el corazón de alegría, no me atrevería entonces á decir nada contra el progreso, y mi pregunta estaría totalmente desprovista de fundamento. Pero si demuestro que nuestra civilización, que ese progreso de que nos ufamamos, no ha proporcionado á la humanidad lo que la humanidad anhela, esto es, una existencia feliz, libre de inquietudes, de desilusiones y de sufrimientos, mi pre-

gunta en ese caso estará perfectamente justificada y tendré derecho para sostener que si el progreso no conduce á la felicidad, puede aceptarse el socialismo aun sin progreso.

No siendo el progreso factor indispensable para la felicidad humana, su valor queda reducido á un ideal puramente platónico expresado en la fórmula «el progreso por el progreso».

Y esta fórmula es estéril y vana.

Ahora bien; ¿es cierto que el progreso en nuestra sociedad haya mejorado por sí mismo nuestra existencia?

¿Qué satisfacción íntima, qué serenidad en los corazones, qué reposo en los cerebros han producido el vapor, el telégrafo, el teléfono, el Canal de Suez y los túneles de Cenisio y de Gottardo?

¿Acaso somos más felices que nuestros padres que surcaban los mares en un barco de vela, y se trasladaban de ciudad á ciudad, ya á pie, ya conducidos, con gran riesgo de su vida, en un detestable vehículo?

¿Es que la luz brillante del foco eléctrico ha desvanecido nuestros sufrimientos y no tenemos tantos ó más que nuestros abuelos, á pesar de las ensalzadas conquistas de la industria, de la ciencia y del comercio?

Si el progreso fuese en efecto un elemento de felicidad comparable con la que augura el socialismo, las generaciones actuales serían mucho más felices que las de los siglos pasados.

En los noventa últimos años se ha inventado y se ha descubierto mucho más que en todas las edades anteriores; el comercio y la industria han adquirido un desarrollo jamás soñado; las máquinas y los instrumentos de las fábricas y de la agricultura se han multiplicado prodigiosamente, y las ciencias han marchado de conquista en conquista.

Pero si intentamos comparar ese vertiginoso avance del progreso con los factores de nuestra felicidad, ¿qué es lo que encontraremos?

Enrique George dice elocuentemente: «Allí donde la población es más densa y la riqueza mayor, donde los medios de producción y de cambio están más desarrollados, se encuentra también la miseria más extrema, y es la lucha por la vida más cruel y el ocio forzoso más continuado... El vagabundo, el desheredado, han seguido á la locomotora, y las casas de refugio y las cárceles son signos tan seguros del *progreso material* como los lujosos palacios, las elegantes tiendas y las majestuosas iglesias.

En las calles, iluminadas por el gas, los mendigos esperan al que pasa, y estos terribles hunnos y feroces vándalos, de que hablaba Macaulay, cobíjanse en el umbral del colegio, de la biblioteca y del museo» (1). El contacto íntimo que George ha señalado entre el progreso y la pobreza, es aún más exacto y ciertamente más trágico entre el progreso y el dolor.

El número creciente de esos pesimistas prácticos que se llaman suicidas, el de los locos, el de los alcoholistas que buscan en el licor el alivio de sus penas, es la prueba formal y plena de que el progreso contribuye muy poco á hacer grata y apacible la existencia.

Por otra parte, el progreso, aumentando las necesidades de todos y no haciendo que todos puedan disponer de los medios para satisfacerlas, es causa, en el presente orden social, de sufrimientos y de desigualdades.

Solamente una pequeña, pequeñísima, minúscula parte de la humanidad, acaparadora de los productos, de las utilidades y del poder, halla en el progreso placeres intelectuales.

(1) GEORGE: *Progreso e povertà* (Paris, Guillaumin, 1889).

tuales ó sensuales, recreo para la vista, para el oído, para el gusto, ausencia ó ahorro de fatiga, y, en una palabra, aumento de felicidad en cuanto ésta es compatible con la naturaleza humana.

Para el resto de los hombres, en punto á su felicidad, el progreso de nuestra sociedad, de la sociedad burguesa, es un elemento enteramente negativo.

Por consiguiente, nada importaría que el socialismo fuese inadecuado para realizar ulteriores progresos, si, por otra parte, era apto para asegurar á la familia humana una existencia más sana, más cómoda, más tranquila.

Pero el socialismo no se opone al progreso, el cual, por el contrario, será en la sociedad socialista un factor positivo de general felicidad.

Por tanto, en el socialismo podrá existir la civilización verdadera, no la civilización moderna, que en muchos casos no es más que una barbarie disfrazada.

Sólo porque hoy tenemos magníficos palacios, y suntuosas iglesias, grandes monumentos, y espléndido comercio, y fábricas, y puentes, y barcos, y túneles, y laboratorios, y gabinetes científicos, y bibliotecas, etc., etc., nos llamamos civilizados.

Pero todo esto es apariencia de civilización y no civilización verdadera.

Al lado de la casa magnífica, está el tugurio; cerca del lujoso teatro, el *Monte de Piedad*; el opulento capitalista tropieza á su paso con el astroso mendigo.

Y aún hay más: la observación nos permite ver que en la casa llena de todas las comodidades, templada en invierno, fresca en verano, limpia y segura, habita el que no trabaja, el que vive en el ocio y en la disipación, mientras el que produce, el que suda, el que trabaja en labor incesante, vejeta, allá en el suburbio, en infectas casuchas, sucias, húmedas, tan frías en invierno como calurosas en verano, en las cuales se juntan en inmoral y antihigiénica promiscuidad, mujeres y hombres, viejos y niños, sanos y enfermos.

La observación nos dice que las maravillas de la industria y del arte que vemos á diario, no son producto de un pueblo feliz, que emplea en crearlas su actividad y su energía, sino la obra de una muchedumbre que construye palacios, iglesias, monumentos, que fabrica muebles, sedas, paños, alhajas, vajillas y toda clase de cosas útiles é inútiles, mediante un trabajo asiduo, abruñador, duro, recompensado mezquinamente

con lo indispensablemente preciso á la más miserable existencia.

El albañil no habita el edificio que ha levantado; el leñador no se calienta á la lumbre de la leña que cortó; la costurera no se viste con el traje que ha confeccionado; en suma, ser productor equivale á no ser consumidor.

Contemplando nuestra actual civilización sentimos la misma impresión del viajero que se detiene ante las pirámides de Egipto.

Esos grandes monumentos, según advierte sabiamente uno de los más profundos filósofos de la historia, no son testimonio de verdadera civilización, sino de una época anormal y corrompida (1).

Si esas pirámides pudieron construirse, fué porque millones de hombres vivían en la más penosa de las esclavitudes, y unos cuantos dominadores los explotaban en su propia satisfacción.

En transportar una roca desde Elefantina á Saida estuvieron ocupados 2.000 hombres por espacio de tres mil años, y para levantar una de las pirámides se emplearon, durante veinte años, 360.000 hombres...

Y así como no tenemos el atrevimiento

(1) BUCKLE: *L'incivilimento*.—VACARO, obra citada.

de llamar civilización al estado social antiguo, tampoco podemos considerar como verdadera la civilización moderna, á pesar de cuanto hay de admirable en ella.

No es civilización un estado social que abona el dicho de Rousseau de que en nuestra sociedad el lujo de los ricos es la miseria de los pobres.

No es civilización un estado social que justifica lo que Gladstone dijo con referencia á su país en la Cámara de los Comunes el 14 de Febrero de 1843, esto es: «que el aumento constante de las riquezas de las clases elevadas y la acumulación de los capitales, van acompañados de una disminución en el consumo del pueblo y de una mayor suma de privaciones y sufrimientos en las clases pobres».

No seremos, efectivamente, civilizados mientras no progreseemos en beneficio de todos.

La civilización verdadera, el progreso eficaz, sólo puede lograrse en una sociedad más orgánica, más integral que la presente, como es la que se funda en el sistema socialista.

Los adversarios del socialismo afirman que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción matará el estímulo

lo del trabajo, porque nadie tendrá interés en trabajar, ya que no podrá esperar compensación proporcionada á su esfuerzo. Es el capital, la tierra, el huerto, la casa, cuya adquisición puede ser remota pero cuyo deseo siempre vive en el hombre, lo que le hace consumir sus energías, forzar su pensamiento, producir, obrar.

Así hablan los adversarios del socialismo.

El logro de la comodidad y de la riqueza para sí ó para la propia familia—añaden—es el fin último de la mayor parte del trabajo humano, tanto de la labor intelectual como de la manual, y excluir la posibilidad de realizar ese fin es matar en el hombre el espíritu de iniciativa, la fiebre de la investigación.

¿Qué hay de cierto en eso que Lombroso denomina explosión del buen sentido? (1).

Como todas las afirmaciones del buen sentido ó del sentido común, ésta no sabe elevarse á la concepción precisa de la verdad.

Para resolver la cuestión conviene tener presente cuáles son los motivos determinantes de los actos humanos y examinar si en una sociedad fundada sobre bases socialis-

(1) CÉSAR LOMBROSO: *L'uomo di genio* (Torino, 1894).

tas estos motivos se restringen ó amplían, se atenúan ó fortalecen.

El placer es la aspiración constante de todos, pero el placer tiene las más diversas manifestaciones, es un cristal de infinitas facetas.

La satisfacción del placer comprende desde la necesidad imprescindible del alimento y del sueño hasta la necesidad intelectual, sensual, de salud, etc., etc.

Para satisfacción de la inteligencia se compone una poesía, del mismo modo que por necesidad económica se falsifica una letra de cambio, ó por anómala exigencia del organismo degenerado se estupra ó se mata.

No sólo es por comer, como no es sólo por tener un capital, una casa, una posición independiente, por lo que se trabaja, por lo que se pierde la salud, se pasan las noches en vela, se llora y se sufre. Si sólo por ser rico, por ser propietario, se trabajase, poquísimos trabajarían, porque muy pocos son los que tienen la probabilidad de llegar á ser capitalistas ó propietarios (1).

(1) CARLOS MARX y FEDERICO ENGELS, *Manifiesto comunista*: «... Se objeta al socialismo que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y

No es por la idea de convertirse en capitalista por lo que el herrero, el albañil, el minero, el escritor, las costureras, están en el taller, en el puente en construcción, en el subterráneo, en el escritorio, en el andamio, diez ó doce horas diarias. No; no es por eso. El noventa y cinco por ciento trabaja por la necesidad de trabajar para vivir, y esta necesidad subsistirá en el socialismo. Y así como no es el afán de enriquecerse el que obliga á trabajar, tampoco es ese estímulo el que determina la producción artística, científica y literaria.

La necesidad de trabajar para vivir obliga á unos á ser mozos de cuerda, traperos, etc., y á otros, á causa de sus especiales aptitudes, á dedicarse á un arte, á una industria, á una ciencia, á pintar cuadros maravillosos, á descubrir una máquina utilísima, á redactar libros inmortales.

Las grandes invenciones de otros tiempos, los grandes descubrimientos, en los que se funda el progreso, tienen por generadores sentimientos más complejos que el vanal de hacer dinero: toda la historia de

---

existiría una ociosidad general. Si así fuese, la sociedad burguesa no existiría hace mucho tiempo, porque en ella quien trabaja no obtiene lucro, y quien lo obtiene no trabaja.

los pensadores geniales, buenos ó malos, nos dice que se movieron por amor, por vanidad, por ambición, por espíritu de venganza, por anhelos de nuevos ideales y por otros muchos motivos en que puede inspirarse el ser humano (1).

En el socialismo no se extinguirá el estímulo imperioso que consiste en la necesidad individual de trabajar para vivir y en la necesidad social de emplear máquinas, utensilios, instrumentos de toda clase.

No hay razón alguna para sospechar que en el socialismo habrán de faltar los estímulos de la vanidad, de la ambición, del amor propio, de la satisfacción íntima del alma, ni hasta el de una mayor recompensa al que preste mayor utilidad á la vida social.

Hoy día, supuesta la organización de nuestra sociedad, el capital, la casa, la posición pueden ser para el hombre un estímulo á su actividad, puesto que, á causa de esa misma organización, el capital, la casa, la posición son una mayor garantía de bienestar y de tranquilidad de la existencia.

Pero cuando, mediante una constitución

---

(1) Basta leer á este propósito las obras de Smiles, Tissandier, Lessona, Lombroso, etc., sobre la vida de los grandes hombres, de los mártires de la ciencia, de los genios.

social diversa, se nos garantice el trabajo, no será entonces el capital, la propiedad privada, sino los útiles del trabajo lo que constituya el estímulo para trabajar. Y como la actividad individual se verá en el socialismo estimulada á desenvolverse á causa del interés material y moral de cada uno, el socialismo asegura un progreso en las condiciones de vida muy superiores á las actuales.

En nuestra sociedad la miseria detiene el paso á un ejército de hombres capaces: ¡quién sabe cuántos artistas, filósofos, ingenieros, poetas, científicos pierde la humanidad todos los días porque la necesidad, el hambre no les permite educarse, ni revelar sus aptitudes!

«Jamás podrá saberse cuántas privilegiadas inteligencias, oprimidas por la mano homicida de la miseria, han dejado de producir ó han producido mucho menos de lo que podían.

»Acaso fuese un genio aquel analfabeto cuyo cerebro superaba en volumen al de Cubrier y al de Schiller. Las adversidades sufridas por los grandes hombres, vencidas por ellos á fuerza de energías con auxilios extraordinarios, permiten afirmar que es inmenso el número de los que se quedan á

mitad del camino. ¿Qué habría sido de Augusto Comte si la generosidad de sus amigos Littré y Stuar-Mill no hubiera aliviado su miseria? ¿Qué de Ricardo Wagner si Luis de Baviera no le hubiera librado de escribir romanzas sentimentales?» (1).

La supresión normal de la miseria, al menos para todos los trabajadores, impedirá en la sociedad socialista esa enorme pérdida de inteligencia; permitirá á todos optar, conforme á sus respectivas capacidades, por el arte, la ciencia, la literatura, etc., y favorecerá é impulsará así extraordinariamente al progreso.

Por otra parte, la abolición del parasitismo en todas sus formas y la supresión de todo trabajo inútil, reducirá la labor diaria y dedicará á labores beneficiosas las energías individuales.

«Si el tiempo y el trabajo que hoy se emplea en crear cosas inútiles, supérfluas y hasta nocivas, escribe Laveleye, se consagrare á crear cosas útiles, estarían con exceso satisfechas las necesidades de todos» (2).

(1) *Critica sociale*, número 8, 1894, página 730. EMILIO VANDERVELDE: *El capitalismo y el trabajo intelectual*.

(2) LAVELEYE: *Le socialisme contemporain*.—KROPOTKINE: *La conquête du pain*.—LORIA: *Analisi della pro-*



Además de esa pérdida diaria del producto de millones de brazos y de cerebros, dedicados unos y otros á servicios inútiles y superfluos, hay en nuestra sociedad otro terrible derroche de fuerza que en una sociedad mejor constituida se consagrará por entero á la causa del progreso y de la civilización.

Me refiero al consumo de vitalidad, de salud, de inteligencia, en la lucha desesperada y afanosa por la existencia.

Día por día consumimos en el temor del porvenir, siempre enemigo de nuestra tranquilidad, en el dolor, un patrimonio incommensurable de energías físicas y morales que podríamos invertir en beneficio de la existencia colectiva.

El socialismo, en cuanto alivia y disminuye el dolor humano y ofrece eficaz garantía á la vida individual, enriquecerá el mundo con una grandísima cantidad de fuerzas individuales hoy desperdiciadas.

La disminución de la criminalidad, del suicidio, de la locura, del vicio, que será

---

*prietà capitalista.*—En la *Riforma Sociale*, número 3, 1894, página 210 y siguientes, Novicow, en un artículo titulado *El afán de conquista y sus consecuencias*, cita cifras elocuentes acerca del terrible predominio de lo inútil sobre lo útil, originado por los ejércitos y las guerras.

consecuencia necesaria de un sistema social que no produzca la degeneración, ni la neurosis por la fatiga ó el ocio excesivos, ni el hambre crónica, ni la depauperación, que no predisponga al ejercicio de las acciones criminosas para conservar la vida, transformará de negativas en positivas todas las energías que ahora se emplean únicamente en producir el mal.

Finalmente, una sociedad más culta, mejor dirigida, que guste de las artes, de las letras y de las ciencias, dará á las mismas poderoso impulso, y las ciencias, las letras y las artes tendrán más y mejores cultivadores.

No es cierto, por tanto, que el socialismo se oponga al progreso y mate la civilización.

El progreso será en el socialismo mayor que actualmente, y, además, será un factor esencial de la felicidad de los hombres.

Y mediante el socialismo principiaremos á ser esencialmente civilizados.

Repetimos con Harrison su justa observación (1): «Los siglos hasta aquí transcurridos no son sino el prólogo de la verdadera civilización.»

---

(1) *Minerva*, Octubre 1893, página 293: *L'evoluzione della nostra razza.*